

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *La feria de Navidad, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Estudios de costumbres, por D. José María Gutierrez de Alba.* = *Rugier de Lauriga, novela original por Doña Felicitas Asin de Carrillo.* = *Correspondencia.* = *Geroglífico.*

Teníamos ofrecido dar antes que concluyese el año un figurin de niños, y ya estábamos á punto de cumplir aquella oferta, cuando recibimos reclamaciones de varios de nuestros suscritores masculinos, en las que se pretendia no ser justo se pospusiesen sus intereses á los de la infancia, toda vez que ellos tambien se veian forzados á acatar los caprichos de la inconstante moda. Y como este sexo, al que con notoria injusticia suelen llamar feo por oposicion al otro que no siempre es bello, merezca bien que se le atienda y se le contente, hemos resuelto dar en vez del de niños un figurin de trages de caballeros, que es el que acompaña al número de hoy. La moda sobre todos impera: forzoso es por tanto que el periódico que la representa sea útil para todos.

LA FERIA DE NAVIDAD.

Esta feria, situada muchos años en la plaza de los Descalzos, se ahogaba allí por falta de terreno, y no era lo peor que ella se ahogase, sino que asfixiaba con el humo de sus buñuelos á los que atravesaban la parte del callejon de aquel nombre que media entre la plaza y el mercado. No precisamente por esta razon, poco atendible en la escasa importancia de su efímera existencia anual, sino por otras consideraciones de mas alto interés público, se tomó años ha una porcion del ex-convento, y utilizando un estrecho, lóbrego y sucio pasadizo que allí servia para menesteres nada limpios, se abrió una ancha calle que ponía en comunicacion la del Sacramento con el mer-

cado. Púsosele al principio el nombre de La Union, pero pronto se echó de ver que semejante nombre era en España un contrasentido: era como si en Constantinopla hubieran puesto una calle del Papa, ó en Marruecos una plaza de la Constitucion. En su consecuencia, en la nueva y ya caducada nomenclatura, se llamó á la referida calle de Tomás Isturiz, en honor de un patricio gaditano, el cual perdió el Don al ser inscrito en los azulejos municipales. Este nombre ha sido de los pocos conservados, no sabemos si en gracia de lo inoportuno del primitivo, ó si por otras razones de mérito ó de parentesco.

Abierta ya la calle, y reuniendo las condiciones de amplia, de despejada y de inmediata al sitio inmemorial de la feria, trasladóse esta allí, donde desde entonces existe; si bien no bastando para el creciente progreso de aquella, toman además los feriantes todo el espacio que media entre su esquina y la capilla de la Orden Tercera, saliéndose de madre con frecuencia hasta detrás de los puestos del mercado que forman la línea de poniente.

Esta feria está consagrada casi en su totalidad á la infancia, ó á lo mas á los que gozan con el recuerdo de los inocentes placeres de sus primeros años. Si no hubiera buñoleras, aquello seria una especie de sucursal del limbo; se entiende en cuanto á la edad de los principales interesados en el espectáculo. Hay multitud de puestos de juguetes *ad hoc*, donde á vueltas del violin, de la zambomba y de la pandereta está el portal de Belen, y el palacio de Herodes con colgaduras en los balcones y en ellas las armas reales, y los pastores asando castañas ó matando cerdos, y el ermitaño con su libro y la parada de reyes, y el meson, y todas las cosas en fin que son de fórmula en un nacimiento; pero eso no obsta para que los adelantos del siglo estén tambien allí representados en la góndola de la

Isla, en el ómnibus de Chiclana, en los vapores arrojando por las chimeneas algodón entintado para que parezca humo, en la cama francesa de caoba, en el sofá de trompeta, en la Norma con el pelo suelto, en la guardia civil y en la milicia nacional. No hay ferrocarriles, porque en Cádiz se han quedado hasta ahora en repiques, ni telégrafos eléctricos, porque en cuanto á velocidad se suplen aquí ventajosamente con las carretas.

Estos puestos están intermedios con otros de bellotas de la Sierra, en representacion de la edad de oro.

En lo que la feria ha progresado este año considerablemente ha sido en punto á espectáculos. No bajan de una docena, y en cada uno se ejecutan todas las noches varias funciones, siempre con mucho mas público del que cabe. Verdad es que son baratísimos, puesto que solo cuestan dos cuartos para los niños y cuatro para los que ya no lo son. Las exigencias deben estar, por tanto, en relacion con cuatro cuartos.

No son todos aquellos de la misma especie. Hay Nacimientos compendiados del conocido de la Tia Norica, sito de tiempo inmemorial en el teatro de la calle de la Compañía, y compuestos como aquel de figuras corpóreas. En ellos se ponen en escena las astucias de Luzbel y sus argumentaciones escolásticas con un ángel; en ellos el alcalde Cucharón quiere sostener los fueros de la autoridad civil contra los soldados de César Augusto; en ellos coge un toro á la Tia Norica, á consecuencia de lo cual esta hace su testamento con grande risa y solaz de los espectadores; en ellos en fin el Nacimiento y cuanto á él se refiere es lo de menos. Aquello es en suma un pequeño drama, y como el drama ha sido arrojado de los teatros por la zarzuela, ha tenido que venirse á refugiar á la feria por cuatro cuartos. Y sin embargo, como composicion, como obra de arte, ¿vale acaso mas *La Colegiala*, por ejemplo, que *La Tia Norica*?

Hay tambien allí su seccion de fenómenos. Este año son pocos, porque hoy para ver fenómenos raros no se necesita gastar dinero: basta con salir á la calle ó con leer los periódicos. Allí tenemos ahora dos espectáculos de otras tantas niñas que levantan con el cabello pesos considerables. A las mujeres les dá por ahí: es su parte fuerte. Por eso en el gran cuadro del juicio final de este Museo se ve á los diablos arrastrándolas por los cabellos al infierno. La galantería no es por otra parte el flaco de los súbditos de Satanás.

Los juegos de manos abundan en la feria. El escamoteo es por lo visto la tendencia de

la época. Por eso sin duda aun allí han llegado á un grado notable de perfeccion, y alguno de los que hacen pobre muestra de sus habilidades en mangas de camisa y ante una mala mesilla con aparatos de latón ó peltre, pudiera ser otro Macallister si se le vistiera con el ropon y el cucurucho de mago, si se le rodeara de una brillante y bruñida espetera, si se le colocase sobre el escenario de un teatro, y sobre todo si pidiese por su trabajo quinientos, seiscientos ó mil reales por noche. Nuestro siglo, que es siglo de oropel, no investiga nunca lo que una persona vale, sino le pregunta simplemente aquello en que ella se estima á sí propia, y desde luego se lo da sin mas exámen. Así medra harto mas la ignorancia osada que el mérito modesto.

Eso ya nos lo dice el señor don Pero Grullo en sus vaticinios insertos en el *Almanaque Profético* para el año próximo, cuando afirma que

"Mas medrará el mas osado:
no medrará nunca el tímido;
que el talento sin la audacia
es telégrafo sin hilos."

Las buñolerías representan allí el elemento tradicional y venerando. Los siglos han pasado sobre sus esteras, sobre sus cortinas, sobre sus mesas cojas, sobre sus desvencijados bancos, sin haberles quitado siquiera un solo átomo de polvo ni una sola mancha de mugre. Aquellos candiles harian muy bien su papel en un gabinete arqueológico.

Tambien se hace exhibicion de un modelo de bulto de las cunas consistoriales de Cádiz. Así como para ponderar el parecido de un retrato se dice que no le falta mas que hablar, así para encomiar la exactitud de este modelo pudiera decirse que no le falta mas que el ayuntamiento.

Los polichinelas han aumentado. Cada ingenio de aquellos varia las escenas y los lances dramáticos; pero conservando siempre á D. Cristóbal y á su porra su importancia histórica.

En todos estos espectáculos hay su parte de música que llama al público y ameniza los intermedios. En unos es una exclusiva guitarra, en otros una gaita gallega, en otros un jaleo pobre, en una sola un bombo y un clarinete. Aquí están los juegos de sortijas y las cunas volantes, donde marean al público por cuatro cuartos. Desde lo alto de estas cunas se descubre casi á vista de pájaro el mercado contiguo, y en él, ¡oh dolor! las ase-sinas tablillas de las carnicerías en las que se

leen estas pocas pero aterradoras palabras:
"Vaca á 56 cuartos."

Aquel bombo es allí una providencia. Él ahoga los suspiros que nacen de los angustiados bolsillos, y parece gritar, como el maestro de escuela en la pieza del mismo nombre:
"música! música!"

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

UNA BODA ENTRE GITANOS.

En todas las naciones del viejo continente existe una raza, que desde tiempo inmemorial conserva sus usos y costumbres, su lenguaje, y quizás sus ocultas aspiraciones; raza acaso la mas pura que se conoce en el mundo, porque sus individuos se mezclan rarísima vez con las razas indígenas de los países donde viven mas ó menos diseminados, pero conservando siempre entre sí un vínculo comun que ningun pueblo ha podido sostener, ya haya sido invasor ó ya invadido por otro pueblo extraño.

Conocidos con diferentes nombres en los diversos estados de Europa, Asia y Africa, dándoles unos por origen los parias de la India, creyéndoles otros oriundos de una emigracion mas ó menos remota de las orillas del Nilo, nadie ha podido explicar hasta el presente la misteriosa causa que les obliga, acaso á su pesar, á vivir como extranjeros entre las naciones que los han albergado.

Raza nómada en sus principios, conservando quizás en sus tradiciones algo de lo que fueron, se ve por todas partes el amor que profesan á la vida aventurera y vagabunda, sin Dios, sin patria y sin ley.

El suelo español, agitado por continuas guerras y dividido en pequeñas monarquías de diferente carácter y heterogéneas costumbres, desde la invasion árabe, hasta la definitiva y gloriosa restauracion del imperio godo, cruzado por ásperas montañas y sembrado de estensos y tupidos bosques, era sin duda el suelo mas á propósito para la vida errante de la raza gitana; y esta fué seguramente la época en que sus individuos pasaron á establecerse en la península; pues antes de ser invadida por las huestes mahometanas, no se hace mencion en ella de tales gentes.

Con la espulsion de los moriscos en el reinado de Felipe III, una gran parte de los gitanos fué arrojada del país; pero hubo muchos que mas ó menos aparentemente se convirtieron á la religion cristiana, y aunque rechaza-

dos instintivamente por los españoles, continuaron viviendo entre ellos, conservándose sin embargo á bastante distancia para que nunca se les pudiese confundir con los que no eran de su mismo origen.

Afectados quizás de esa especie de desvío que la raza indígena les mostraba; guiados tal vez por sus instintos de feroz independencia, ó por ambas causas á un mismo tiempo, buscaron por morada las selvas y los montes, é hicieron una profesion del pillaje, lo cual cada dia les hacia perder mas y mas el poco afecto que sus huéspedes les profesaban.

Avanzando el tiempo, y á medida que las costumbres del pueblo español iban perdiendo el carácter de ferocidad que le habian dado las continuas guerras, los gitanos empezaron á sufrir una persecucion mas viva, y la necesidad les obligó bien pronto á buscar otro modo de vivir menos arriesgado, sin dejar por eso de ejercitarse en sus rapiñas, siempre que podian hacerlo impunemente.

La mayor parte de los aduares ó tiendas en que vivian como tribus semi-salvajes, fueron quemadas por la Santa Hermandad; y al verse por todas partes perseguidos, bajaron por fin á establecerse en poblado, pero buscando siempre los barrios mas escéntricos y las calles mas solitarias, á fin de tener el menor comercio posible con los españoles.

La continua vigilancia que sobre ellos se ejercia les obligó á dedicarse á algun género de trabajo. Unos se decidieron entonces por el oficio de Vulcano; otros, mas amigos de Mercurio, se consagraron á la buhonería, y muchos á esquilarse ganados y á hacer de corredores en las ferias, donde vendian frecuentemente lo que habian robado algunos de sus compañeros en provincias lejanas.

Las mujeres comenzaron tambien entonces á ejercitarse en el comercio al pormenor de telas ordinarias, vestidos viejos, y otros artículos á este tenor, en cuyo ejercicio, alternando casi siempre con el de agoreras ó anunciadoras de la *buena ventura*, engañaban á los incautos, ganando á poco trabajo la vida.

Pero muchos de ellos, ó por mas energía de carácter, ó por mas ferocidad de instinto, se negaron absolutamente á vivir en poblado, y continuaron en los bosques fabricando cestos de mimbrés que las mujeres van á vender á los pueblos comarcanos, mientras los hombres permanecen á cierta distancia cuidando del menaje ambulante y muchas veces de la comida.

Estos gitanos, á quienes dan el nombre de *viandantes* por sus hábitos y costumbres, profesan generalmente hácia aquellos de su raza

que han transijido con la civilizacion, una especie de lastimoso desprecio; mientras los que viven en poblado consideran á esta clase de beduinos con algo de temor y de respeto supersusticioso.

Hasta el tiempo de Carlos III ningun individuo de esta raza fué considerado como español, ni gozó de la mas mínima prerrogativa de tal, aunque nacidos en el mismo suelo; hasta la ley los habia despreciado, y el único código que para ellos regia era el de las penas, aplicadas siempre con mas severidad que al resto de la poblacion, en igualdad de circunstancias. Pero el digno rey que tuvo la gloria de rodearse de los hombres mas eminentes de su siglo, llamándolos á su consejo, se propuso extinguir la raza gitana, no por el hierro y el fuego como con la raza morisca habian hecho sus predecesores, sino por la asimilacion, para lo cual les concedió los mismos derechos que á los demás españoles, y mandó que en adelante se les llamase *castellanos nuevos*. Trabajo inútil: la fusion de las razas es obra de las costumbres y del tiempo. En cuanto á la raza que nos ocupa, hay quizás algo de misteriosa predestinacion que lo impide; la esperiencia lo enseña.

Mis lectores me perdonarán esta larga digresion, que me ha parecido necesaria, como base de sus costumbres, antes de tratar directamente del asunto que da origen y sirve de epígrafe á este artículo: y como complemento me permitirán tambien añadir algunas palabras, para determinar los caracteres típicos del gitano.

En España son por lo regular de color moreno, cabello y ojos negros, mirada fija y escrutadora, agradables facciones y esbelto talle.

Dotados naturalmente uno y otro sexo de una perspicacia poco comun, y acostumbrados por educacion á valerse de ella para vivir á costa del prójimo, adquieren un gran conocimiento del corazon humano, y sacan siempre el mejor partido de la debilidad ajena, poniendo en juego sus grandes facultades oratorias, y asestando los tiros de la mas refinada aduacion á la vanidad, que es el lado mas vulnerable.

En la parte meridional de España, que es donde habita el mayor número, cultivan con notables disposiciones la poesia y el canto, y traducen sus sentimientos en estrofas de una forma especial y con acentos tan melodiosos y tan impregnados de ternura, que conmueven el corazon y hacen derramar lágrimas.

Entre sí son estremadamente afectuosos y sinceros, y se consideran todos como miembros de una sola familia; pero con los demás son

siempre astutos y epigramáticos, suspicaces y mentirosos, y muchas veces humildes hasta la bajeza, especialmente cuando temen ó esperan algo.

Llevados de su fantasía, ó conservando en su tradicion algunos restos del gusto árabe, son muy amigos de la ostentacion en el vestir, y agregan como adorno á sus trajes, cuando sus circunstancias se lo permiten, algo de plata ú oro, pedazos de cristal imitando piedras preciosas, y prefieren siempre las telas de los mas vivos colores.

Las mujeres usan tambien de mucha coquetería en su atavío y en sus maneras, y son en extremo insinuantes. En el fondo su carácter es melancólico; pero una vez entregadas á la alegría, llega á ser en ellas hasta un vértigo y una frenética locura.

Su verdadero prurito es apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, para lo cual prefieren siempre la astucia á la fuerza. No conocen otros mejores títulos de adquisicion que el hurto y la rapiña, y entre ellos es una cosa sancionada por la costumbre, y que se trasmite de padres á hijos para que no se olvide, en el acto mas importante de la vida, que es el casamiento.

Cuando un jóven gitano llega á la edad de elejir una compañera, hace una excursion por todos los pueblos comarcanos; visita á todas las familias en que hay alguna muchacha *en sazón*, y despues de elejir *in pectore* aquella que mas le agrada, vuelve á su hogar á consultarle con su familia; esta hace sigilosamente todas las averiguaciones necesarias sobre la virtud de la jóven, que se reduce á no haber tenido jamás trato íntimo con ningun *español*, y luego procede á enviar sus embajadores á la familia de la novia, con los cuales ajustan el dote que esta ha de llevar, consistente las mas veces en un vestido de mas ó menos precio, segun la fortuna de sus padres. Hecho esto, los novios quedan en libertad de convenir entre sí el dia de la boda y sus preliminares, que son el rapto á deshoras de la noche y el lugar donde han de retirarse hasta que el contrato se formalice.

Al llegar el dia por ellos prefijado, el novio, sin participarle ni aun á sus mejores amigos, se ausenta de su casa; llega á la de la novia en las altas horas de la noche; hace una misteriosa señal de antemano convenida, y la cándida paloma deja su nido con la misma precaucion, y sin que nadie lo sienta se larga bonitamente con su amante al través de los campos, y los dos se dirijen á la casa de aquel que tienen ya elejido por padrino.

Este les pregunta con mucha gravedad:

—Qué quereis?

—Casarnos; responden los dos, y que V. sea el *padrino* de la *boa*.

—Bueno, ¿habeis hecho la cosa como Dios manda?

—Sí, señor; esta noche la he *robao* de su casa sin que *nai*de lo sienta.

—Bueno: ¿ha habido alguna *fullería*?

—*Denguna*.

—Entonces podeis entrar, y contar con mi casa y mi dinero.

Cuando llega la mañana y los padres del uno y la otra advierten que sus hijos han desaparecido, solo se cuidan de inquirir cual será el padrino que hayan buscado, para lo cual preguntan en las casas de los gitanos mas ricos, si no es que ya tienen algunos barruntos de la elección, en cuyo caso se encaminan allá directamente.

El padrino se informa entonces de si los muchachos han hecho todo con el debido secreto; y asegurado de esta circunstancia indispensable, se publica el rapto, y los esponsales quedan contraidos en forma.

En seguida se comienzan á hacer todos los aprestos para la fiesta; convócanse para la boda á todos los gitanos del contorno, y despues de esto se ve al cura para elevar á sacramento lo que entre ellos es ya un indisoluble contrato.

El dia de la boda, es de ver en el pueblo ó el barrio donde se celebra cómo se reúnen todos los gitanos y gitanas adornados de sus mejores vestidos y llevando cada cual algun instrumento con que festejar á los novios. El uno lleva una pandereta, el otro una guitarra, esta unas castañuelas.... y cantan y bailan en medio de las calles y arrojan al aire sus sombreros, y todo en aquel dia es para ellos broma, ruido y *jolgorio*.

Tan luego como reciben las bendiciones, se dirigen todos en animado grupo á la casa del padrino, donde les aguarda una comida espléndida, relativamente á las fuerzas pecuniaras del anfitrión, la cual devoran en dos minutos, para dar principio á la danza.

El baile lo rompen siempre los novios entre las palmadas y el bullicioso canto de la concurrencia. Este baile, que suele ser siempre de un carácter grotesco y lascivo, dura todo el tiempo que los convidados emplean en prender al vestido de la novia sus regalos, consistentes en piezas de dulce seco, alguna gargantilla de cristal imitando topacios, ó cualquier fruslería por el estilo, adornada siempre de un lujoso lazo de cinta con su correspondiente alfiler en forma de anzuelo para prendérselo con facilidad sin que se interrumpa el baile.

Estas fiestas se celebran siempre á puerta cerrada; toman parte activa en ella hasta los mas ancianos, y rarísima vez, y como por una gracia muy especial, permiten la presencia de algun individuo extraño á su raza, cuando no pueden negarse por haber recibido de él singulares favores.

Los novios alternan en la diversion hasta bien entrada la noche, y á las doce en punto son conducidos por los padrinos al aposento nupcial, donde el tálamo, caprichosamente adornado, suele llegar cerca del techo por la abundancia de colchones, y al cual en vano tratarian de subir los desposados sin la ayuda de una escalera.

Cuando los novios se retiran á su habitacion, todo queda en el mas absoluto silencio; hombres y mujeres permanecen en una especie de meditacion profunda, hasta tanto que la madrina vuelve á presentarse entre los concurrentes.

Entónces levántase por todas partes un grito atronador de alegría; vuelve á comenzar la interrumpida fiesta; rómpense los diques al decoro, y todos beben, rien, cantan, bailan y se entregan á todo género de locuras, hasta que, rendidos por la embriaguez y el cansancio, caen unos sobre otros, y así aguardan el dia siguiente para volver al regocijo.

Estos festejos suelen á veces durar hasta ocho dias, sin tregua ni descanso, cuando el padrino es hombre de alguna fortuna y los novios gitanos de cuenta.

En otro artículo nos ocuparemos del nacimiento y la muerte, donde suele haber circunstancias muy curiosas dignas de saberse y de estudiarse.

JOSE MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^a FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

(CONTINUACION.)

—¿Pensais, preguntó con acento altanero, que pretenda yo disponer de lo uno ni de lo otro?

—Seria demasiada presuncion, señora; sé muy bien por el contrario, que nunca me habeis querido.

—Nunca, Lauriga; si os dí palabra de unirme á vos....

—No prosigais, condesa; querais hacerme instrumento de una venganza; querais que yo secundara vuestros proyectos y eso es todo; pero nunca

debísteis creer que un caballero como yo los secundase obrando como un insensato. He creído que estaba en el caso de poder rechazar vuestras proposiciones y desligarme de todo compromiso; vos no me amais, vos decís que no me habeis amado nunca; no habiendo pues nada de comun entre los dos ¿por qué os oponéis á que Catalina sea mi esposa?

—Si os lo digo, sabreis tanto como yo; sabed únicamente que esto importa mucho á mi venganza.

—Si vuestra venganza es tal que necesitais sacrificar la ventura de mi porvenir y la tranquilidad de la pobre Catalina, os juro, señora, por Dios y por mi honor, que no la llevareis á cabo, que me pondré en medio de vuestro camino y os disputaré el terreno palmo á palmo.

—Y caeriais en él infaliblemente; tengo mas poder del que pensais, y en vano serán todos vuestros esfuerzos. Renunciad, renunciad al amor de Catalina.

—Antes me dejaré matar; antes mil veces os daré á conocer á todo el mundo, diré que atentais no sé por qué á la vida de un monarca, y descubriré todos vuestros planes....

—Silencio! silencio! exclamó la condesa levantándose pálida y llena de cólera; silencio, repito, si no sois un infame. Vos me hicísteis un juramento solemne; me ofrecísteis bajo vuestra palabra de caballero no descubrir jamás, ni por razon alguna, el secreto que os revelaba, y acabais de amenazarme con faltar á todas vuestras promesas. Os he dicho que Catalina de Montalvo no será vuestra, y estoy en el caso de manifestaros que no es por despecho de verme olvidada de vos por lo que me obstino en aseguraros esta negativa. Catalina debe salir muy pronto de Zaragoza; dejareis de verla y cuando la veais será esposa de otro.

—Nunca! nunca! gritó Lauriga exasperado ¿qué mal os ha hecho esa jóven para que así deseéis quebrantar su voluntad?

—Os he dicho que me conviene casarla con otro.

—Y puedo saber quien es ese hombre?

—No tengo inconveniente en decirlo: le habeis conocido esta misma noche, y se llama D. Lope de Haro.

Rugier guardó un instante de silencio y pensó en la marcada insistencia con que D. Lope habia estado observando hacia poco las menores acciones de Catalina; pero acordándose tambien de que esta habia esquivado las miradas del que ahora le designaban como su rival, exclamó lleno de conviccion.

—Sin duda quereis atormentarme inspirándome celos; pero no os creo, condesa de Cinco-Villas: Catalina me ama, yo tambien á ella, y estoy seguro de que no hará traicion á este amor. Por lo demás no temais que yo falte á mis promesas; seguid la senda que os habeis trazado y quiera Dios que no rodeis hasta el abismo. Yo creia que el amor y la dulzura eran el mas rico patrimonio de vuestro sexo; pensé que alguna vez os detendriais asustada en la pendiente resbaladiza de vuestra

vida, y bien sabe Dios cuanto me hubiera alegrado al veros tomar por otro camino. Vos, tan bella, tan poderosa, hubiérais hecho las delicias de un esposo, y enjugando las lágrimas del desvalido hubiérais encontrado la verdadera felicidad en la tierra y una justa recompensa en el cielo, pero todavía estais á tiempo, Ana: pensad en los consejos de un amigo y tenedme por tal. Yo os conjuro al bien y os demando en nombre de la humanidad que renunciéis á vuestras ideas de esterminio y de venganza.

El noble y generoso Lauriga pronunció las palabras anteriores con toda la sinceridad de que era susceptible, sin imaginar, ni aun remotamente, que con ellas estaba hiriendo el excesivo orgullo de la condesa. Esta mujer, que indudablemente hubiera sido gloria y ornato de su sexo si se la hubiese conducido por la senda del bien, estaba ya demasiado resuelta. La injusticia y la iniquidad de los hombres habian empedernido su corazon en vez de conmovérle; y acostumbrada como estaba á vencer y subyugar á todo el mundo, gracias á su talento, su hermosura y encumbrada posicion, érale sumamente penoso tener que resignarse á verse vencida una sola vez. Habiéndose dejado arrebatado por la cólera delante de Lauriga, este supo aprovechar hasta cierto punto aquella ocasion para ponerse en guardia; y como la soberbia es casi siempre impotente, por lo ciega que es, para vencer á la sana razon y al valor que inspira una conciencia tranquila, hé aquí el motivo por el cual Doña Ana se sintió débil un momento y falta de fuerzas para seguir luchando con el jóven. Érale sin embargo indispensable ganar el terreno perdido, y al efecto guardó silencio hasta que recobrando por fin toda su sangre fria y todo su aplomo, dejó escapar una carcajada tan perfectamente jovial, que el jóven no pudo menos de verse contrariado á su vez cuando mas conmovido parecia.

—¿De qué os reís, señora, preguntó lleno de asombro.

—Me rio, contestó ella en tono alegre, considerando lo bien que os estaria trocar de oficio, y de guerrero que sois convertiros en fraile ó cosa parecida. Segura estoy de que vuestros sermones serian de grande utilidad.

—Burlaos cuanto querais: os he dicho lo que siento y os he dado un consejo de amigo.

—Un consejo!.... ¿os lo he pedido yo por ventura? ¿os he citado aquí para que vengais á querer intimidarme hablándome de abismos y de pendientes resbaladizas? No, capitán Rugier, vos sois muy poca cosa para oponeros á mis designios y es necesario que lo sepais: tengo en mi mano poderosos recursos para obrar en consonancia con mis deseos, y vuestra decepcion ni me asusta ni me contraria. En primer lugar tengo fé en la justicia de mi causa, toda vez que procuro vengar una felonía; cuento en segundo lugar con hombres mas decididos que vos, y tal vez mucho mas poderosos; tengo talento y decision y siempre me hallareis firme como una roca. Esta mañana os escribí dándoos una cita en este aposento y diciéndoos que

de vuestra discrecion dependia el bienestar de Catalina de Montalvo. Estad seguro de ello y oid las prescripciones que voy á formular.

—Podeis proseguir, os escucho.

—En este momento sois poseedor de secretos que me importa guardar y que es necesario ocultéis; es menester además que nadie sepa que estoy en Zaragoza; es preciso en fin, que renunciéis á la mano de esa jóven.

—Habeis concluido, señora?

—Sé lo que vais á contestarme; pero medítadlo bien, caballero Rugier de Lauriga.

—Si sabeis lo que voy á contestar, nada tengo que añadir.

—Supongo que no quereis renunciar á la mano de Catalina?

—Nunca!

—Y si de ello depende su vida?

—Oh! si tal supiera...

—Qué haríais?

—Mataros sin compasion, respondió Rugier en tono resuelto.

—Lograríais por esto resucitarla?...

Esta pregunta hizo palidecer al jóven.

—Sois implacable, dijo al fin sin poder disimular un movimiento que revelaba la angustia ó el cansancio.

Pero luego sintiéndose avergonzado de esta debilidad exclamó con acento breve y sombrío:

—Sois implacable y veo que serán inútiles todos mis esfuerzos por haceros entrar en razon; habeis dicho que soy muy poca cosa para oponerme á vuestros designios, y acaso tengais razon si suponéis que voy á luchar con vos con armas corteses mientras vos pensais esgrimir las vuestras con deslealtad y alevosía. En esto, sin embargo, estais completamente equivocada; me habeis declarado una guerra sin tregua y voy á vivir aperebido. No direis que faltó á vuestra confianza y que pago inicuamente los avisos que me dais. Por mi parte solo trato de ponerme en guardia y devolveros golpe por golpe todos los que me dirijais. Prometoos el mas absoluto silencio; pero ¡ay de vos si tocáis á un cabello de Catalina!

—¡Ay de vos si os apartais en un ápice de mi voluntad!

La guerra estaba declarada; era una guerra sin tregua, un combate á muerte. Rugier hizo ademán de querer retirarse y se encaminó por la puerta que le habia servido de entrada.

—Por aquí, dijo la condesa cogiendo la luz y levantando una cortina que daba paso á otra puerta de escape.

Rugier descendió por unas pequeñas gradas al fin de las cuales habia otra puerta que Guzman abrió repentinamente.

Doña Ana permaneció de pié con la luz en la mano.

Rugier salió furioso y se alejó por una galería que se comunaba con las habitaciones principales del edificio. Al retirarse no vió dos bultos que estaban en acecho, ni escuchó un ligero gemido de angustia que resonó clara y distintamente. La

puerta de la habitacion de Doña Ana volvió á cerrarse y todo volvió á quedar sumergido en profundas tinieblas.

CAPITULO XIV.

Los dos bultos que habia en el corredor y en los cuales no hizo reparo Rugier de Lauriga, ciego de cólera como iba, eran Catalina y su hermano Adrian de Montalvo.

Cuando los dos jóvenes salieron de la cámara del rey se dirigieron á la habitacion que ocupaban en palacio; mas antes de penetrar en ella un desconocido se acercó misteriosamente, y dirigiéndose á él le preguntó en voz baja:

—¿Sois Adrian de Montalvo?

—Qué quereis? preguntó el interpelado.

—Tomad, leed esto para vos; es asunto que os interesa particularmente.

El desconocido desapareció sin pronunciar una sola palabra mas.

—Qué queria ese hombre? preguntó Catalina.

—Nada; respondió su hermano algo turbado; me preguntaba por el capitán de la guardia del rey.

Cuando Adrian logró verse solo desdobló un pedazo de pergamino donde con gruesos y toscos caracteres, muy aceptables sin embargo en aquella época, habia estampado una mano desconocida los siguientes renglones.

«Sois demasiado crédulo y confiado, caballero Adrian: teneis una hermana bella como un día de primavera, cándida como una inocente paloma, y no habeis reparado en la presencia del gavilán que la persigue. Nadie ignora ya en palacio lo que solo vos ignorais: Rugier de Lauriga requiere de amores á vuestra hermana, y sin embargo está en relaciones secretas, si quier sean muy puras, con otra beldad que no es de vos enteramente desconocida. Si quereis cercioraros de la verdad de este aviso, que os dá una persona que bien os quiere, acudid en el instante á la galería del Norte, situaos cerca de una pequeña puerta (la última de la izquierda) y ós convencereis de que atentan contra vuestro honor.»

Adrian leyó el escrito anónimo dando muestras de un furor que cada vez iba en aumento.

—Oh! murmuró agitándose convulsivamente, ¿será posible que haya abrigado en mi seno un áspid de esa naturaleza?

Montalvo dió algunos paseos á lo largo de su reducida habitacion, y fijando nuevamente su vista en el manuscrito que estaba sobre la mesa, sacó de la vaina la mitad de su espada, y volviendo á dejarla caer, exclamó:

—Oh! si tal fuese, si tales fueran sus intentos, quien supo herirle en la cabeza, sabria esta vez atravesarle el corazon.

Adrian se lanzó fuera de su estancia dispuesto á ver con sus propios ojos lo que en vano procuraba desechar de su pensamiento, puesto que todavía no se mostraba del todo inclinado á dudar de la lealtad de su amigo.

Catalina se atravesó en su camino.

—¿Dónde vas? le preguntó.

—Tengo que hacer, respondió Adrian separándose de ella bruscamente.

La joven, que no estaba acostumbrada á estos arranques de mal humor sumamente raros en su hermano, que siempre la habia profesado la mayor ternura, se quedó en extremo sorprendida.

—Entonces se dirigió maquinalmente al cuarto de Adrian, y vió el fatal escrito que aquel habia dejado encima de la mesa.

Catalina sintió que su vista se anublaba y que su cuerpo desfallecía; pero haciendo un sobrehumano esfuerzo y estando plenamente convencida de que ella sola era querida de Rugier, se decidió á seguir el mismo camino que su hermano. Acto continuo se envolvió en su manto, y se dirigió á la galería designada en el anónimo.

—Imposible! imposible! decia procurando contener los múltiples y precipitados latidos de su corazon.

Cuando llegó al extremo de aquella galería, sintió que el valor le faltaba: su hermano estaba en acecho recostado en uno de los pilares que habia enfrente de la última puerta de la izquierda. Catalina se vió tambien en la necesidad de buscar un apoyo, falta de fuerzas como se hallaba.

Catalina no habia sido vista ni sentida de Adrian.

Un instante despues escucharon ambos un pequeño rumor; abrióse aquella puerta y un rayo de luz brillante dió lugar á que pudiese percibirse clara y distintamente la noble y arrogante figura del capitán.

Al mismo tiempo se vió dentro de la habitacion, en lo alto de una pequeña escalinata, una mujer radiante de hermosura, que con una luz en la mano, alumbraba solícita el camino que Lauriga debia seguir.

—Es ella! exclamó Adrian olvidando sus ideas de venganza y fijando sus ojos atónitos en el rostro de aquella mujer.

Catalina lo abarcó todo de una sola mirada, y creyendo que le arrancaban el corazon, dejó escapar un ahogado gemido de angustia, al mismo tiempo que caia desvanecida sobre las losas del pavimento. Adrian escuchó aquel gemido y acudiendo y reconociendo á su hermana que estaba helada y rígida como el marmol, exclamó lleno de dolor:

—Oh! la ha matado...! la hemos muerto entre todos....!

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Sra. Doña M. L. de A: *Logroño*.—Queda V. anotada como suscritora por todo el año de 1859. Las obras de regalo correspondientes al año actual, se le remitieron el dia 14.

Sr. Don J. S. de la P.: *Búrgos*.—Cumpliendo su órden del 27 del mes próximo pasado, se le han remitido á esa ciudad los números publicados desde 1.º del actual, y desde Enero se le dirijirán á Santander.

Sra. Doña C. C. de Z.: *Jaen*.—Id. El Almanaque Profético que nos pide V. por conducto de don M. S. se le ha remitido el dia 14.

Sra. Doña J. A.: *Zaragoza*.—Queda modificada la direccion, y tomada nota para suscribirla por un año desde 1.º del actual. Los números publicados, los figurines de Noviembre y la obra de regalo pedida, se le han remitido el dia 15.

Sra. Doña J. C. de A.: *Mendigorría*.—Con el cuaderno de este mes habrá V. recibido los figurines de Noviembre. El patron que reclama se le duplica en este número.

Sra. Doña M. P. de M. y de S.: *Toledo*.—Ya habrá V. recibido el número y figurines que reclama en su apreciable del 11.

Sr. Don A. T.: *Cartagena*.—El dia 16 se ha puesto en correos el Almanaque Profético, pedido por la suya del 10.

Excmo. Sr. C. de H.: *Lucena*.—Se han recibido los sellos para renovar la suscripcion de su señora por todo el año de 1859. El catálogo de las obras de regalo se reparte con el presente número. El nombre que pide se estampará en el próximo patron.

Sra. Doña C. B.: *Huesca*.—Queda V. suscrita por 6 meses desde 1.º del que rige. Los números publicados con los figurines de Noviembre se le han remitido el dia 15. Tambien se le ha remitido por correos el devocionario que pide por conducto de don L. P.

Los Sres. suscritores cuyo abono termina en 30 del presente que no quieran sufrir retraso en el recibo de sus numeros, deberán renovar su suscripcion por medio de los comisionados respectivos o remitiendo sellos de franqueo o libranzas de tesoreria.

Solucion del geroglífico anterior.

No es la miel para la boca del asno.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

